

vencerse á sí mismo, sujetándose para siempre á la voluntad ajena hasta en lo más mínimo? «En la renuncia de los bienes mundanos no hacemos, dice el Padre San Gregorio, más que dejar nuestras cosas; pero en la abnegacion de sí mismo dejamos nuestra propia voluntad lo que es un grado de perfeccion sublime.» ¡Ah! ¡Cuán bella y admirable es esta virtud! ¡Cuán grande es el mérito de ella! Cuando el hombre ha llegado al uso completo de su razon y tiene que sujetar esa misma razon, quizá llena de ilustracion y de saber profundos, y dotada de una prudencia consumada, á otra razon, en quien se reconoce la voz del superior, es decir, la voz divina, y á quien se debe obedecer ciegamente sin examinar las causas ó motivos que éste tiene para mandar ó inhibir; cuando, á pesar de tener luz suficiente para guiarse á sí mismo, se pone el hombre en manos ajenas, arrojándose en ellas ciegamente, como el tierno niño se arroja en los brazos de su madre; cuando esto hace el hombre, hace un acto de la más perfecta abnegacion. Y no hay que dudar ni por un momento que el Altísimo se complace en este sacrificio; pues más le agrada la obediencia ciega y pronta, que el sacrificio y las víctimas. No hay que dudar que es ésta la primera virtud de la perfeccion, pues Dios, siempre que ha querido poner á prueba el heroismo de sus siervos, se ha servido de la obediencia. ¡Ah! Por una desobediencia el padre de todos los hombres cayó de su alta y culminosa dignidad, así como por una pronta obediencia, llena de esperanza y de fé, fuera elevado el patriarca Abraham al sublime rango de ser el abuelo del Ungido y el padre de todos los creyentes.

Añadamos á estas dos palancas del edificio de la perfeccion, la tercera y la más celestial de las virtudes, la castidad, y el alma quedará inmolada en las aras del amor divino; pues por medio de esta virtud, todo el compuesto humano se espiritualiza en cierto modo, poseyen-

do en carne mortal la naturaleza angélica, y eliminando de nuestra alma toda afeccion á los placeres del sentido.

Este es el verdadero sacrificio místico que hace el hombre de sí mismo, y en cuya oblacion concurren todas las circunstancias del sacrificio real y físico. Hay desde luégo el ofrecimiento externo de cosas sensibles, pues la materia de este sacrificio es nuestro cuerpo, para ser macerado, y nuestra alma, para ser mortificada en sus pasiones. Se inmuta tambien en cierto modo la hostia, destruyéndose el hombre viejo, y formándose el nuevo, que fué criado en justicia y santidad. Existe tambien la confesion pública y solemne de la soberanía de Dios sobre todas las criaturas, pues á Él solo le consagramos cuanto somos y valemos. Y ¿no es esto lo que nos insinuá Jesucristo en sus admirables lecciones? «El que ama su alma, dice, el que ame á su alma en este mundo, la pierde; y el que la pierde en este mundo por amor mio y de mi Evangelio, la salva.» ¿No es esto lo que nos enseña con sus palabras y ejemplos el divino Apóstol de las gentes? «Yo estoy, dice, clavado con Cristo en la cruz; vivo yo, más no vivo yo, pues vive Cristo en mí; llevo en mi cuerpo todas las llagas de Jesus; llevamos siempre la mortificacion de Jesus en nuestros cuerpos, para que se manifieste de un modo sensible la vida de Jesus en nosotros.» Así se sacrificaba el Apóstol, corriendo presuroso por la vía de la perfeccion, y castigando su cuerpo, lo reducía á servidumbre, para ser hostia viva y agradable al Señor.

Nada hay tan grande á los ojos divinos como este sacrificio. Darse á Dios omnímodamente por medio de los tres votos que constituyen la perfeccion religiosa, es de tan alto mérito, que San Jerónimo, San Cipriano y San Bernardo llaman á esta oblacion solemne que hace el hombre, un segundo bautismo, y los teólogos piensan, con gran fundamento, que mediante este acto solemne de

que hacen profesion pública de perfeccion evangélica? ¿Cómo era posible que los mirase como á séres vituperables y degradados? Mas yo me equivoco; porque precisamente por esto el mundo odia y detesta á las almas heroicas que lo conculcan á Él y desprecian sus locuras. Comprende el mundo, en medio de su corrupcion, que hay en este sacrificio algo de sublime, á donde no pueden llegar los hombres que se dejan guiar por la sola razon; y al ver el desprendimiento y la abnegacion de los que quieren seguir á Jesucristo en la vida perfecta, el mundo queda avergonzado y corrido, y para desahogarse pone en accion el único recurso que tienen los malos, que es el de perseguir á cuantos quieran vivir piadosamente en Cristo. Así lo enseñaba con su propia experiencia el divino Pablo: «Somos, dice á los Corintios, somos espectáculo á los hombres y al mundo... nos maldicen, y bendecimos; nos persiguen, y lo sufrimos; somos blasfemados, y rogamos; hemos llegado á ser como las basuras de este mundo, como la escoria de todos.» Y cuidado que este discípulo de la Cruz no hace más que explicar en cierto modo lo que de antemano habia dicho el mismo Jesus: «Sereis arrojados del mundo, decia éste á sus Apóstoles; os han de maldecir los hombres; os han de perseguir, y os han de echar en cara la vida que hagais: si á mí me han perseguido, tambien á vosotros os perseguirán, porque no es de mejor condicion el discípulo que el maestro.» Y cuidado, repito, que el que pronunciaba estas sentencias, que tan á la letra se han cumplido, era Aquel que descendió del cielo, habiéndose inmolido todo en las aras del amor, sujetando su voluntad á la voluntad de su Padre; las dijo el que observó una pobreza tan rígida, que ni tuvo dónde apoyar su cabeza al morir, ni dónde reclinar su cuerpo infantil al nacer; las dijo Aquel que vino á la tierra trayendo consigo la pureza como un germen celestial, de que iba á hacer donacion á los hombres,

para que fuesen éstos sumisos, abnegados, pobres, castos, como lo era el que tan heroicos ejemplos de vida daba al mundo, al paso que lo ilustraba con su presencia y su doctrina.

Sí; el inmolarse, como se sacrificó Jesucristo, es un sacrificio penoso, es un martirio continuado; pero entendamos que es un sacrificio de amor, un holocausto en que el alma se ofrece entera al Esposo celestial; y cuando el amor es el móvil de nuastras acciones, yo no sé cómo puede encontrarse el camino del cielo tan cuesta arriba, ni la abnegacion tan escabrosa, ni la pobreza tan repugnante, ni la pureza de costumbres tan difícil, porque el Señor nos dice que su yugo es suave y su carga es ligera. Pero preciso es decir, con el sublime Agustin, que este yugo es suave para el que ama, y duro para quien no ama: *Amanti suave est, non amanti durum est.* El mundo, que no ama sino sus vanidades y locuras, no puede apreciar justamente lo que vale este sacrificio; así es que, para él, las almas que lo desprecian por seguir á Jesucristo, son unos séres infamados que viven en la ilusion.

Mas ¡dichosas las almas que viven con estas ilusiones! ¡Dichosas las que, con el Santo rey David, «escogen vivir abyectas y desconocidas en la casa de Dios, ántes que habitar en las moradas suntuosas de los pecadores!» Quisiera yo preguntaros á vosotros que vivís en el retiro y la soledad, cuánta es la alegría de que gozais léjos del mundo, cuánta la paz y la ventura que os rodean, y cuánto el gozo que teneis al ofrecer á Dios el sacrificio de vuestra alma y sus potencias, y de vuestros sentidos; quisiera hacerlo, y creo que todas me responderiais que si mil veces viniéseis al mundo, mil veces lo mirariais con desprecio; que si mil vidas tuviéseis, mil dariais, consagrándolas todas al Esposo celestial en las aras del amor.

Venid, pues, y llegaos al acatamiento del Señor: los

ángeles os miran, y tienen en sus manos los incensarios de oro para elevar en ellos el suavísimo timiama de vuestras oraciones y deseos hasta el trono del Altísimo. Pronunciad de nuevo aquellas palabras con que quedásteis de una vez consagradas al amor divino y desposadas con el Rey de la gloria; hablad, que apenas habreis otorgado vuestro consentimiento al divino desposorio, mil himnos de júbilo serán entonados por los coros celestiales, mil coronas se labrarán para colocarlas en vuestras sienes el día en que el amor paciente y atribulado con que nos unimos á Dios en la tierra, se conmute con aquel amor dichoso y feliz, que beatifica á las almas en el cielo, que deseo á todos. Amen.

DISCURSO FÚNEBRE

PREDICADO EN LAS

HONRAS QUE HACE ANUALMENTE LA GUARNICION MILITAR

DE LA HABANA.

Judas Machabeus duodecim millia drachmas argenti misit Jerosolymam offerri pro peccatis ortuorum sacrificium.

Judas Macabeo envió doce mil dracmas á Jerusalem para ofrecer un sacrificio por los pecados de los difuntos.

(MACHAB. II, cap. XII, vers. 43.)

Grandioso es el espectáculo donde campean á la par las glorias de la Religion y las de la guerra; y no pueden ménos de surgir ideas sublimes en el espíritu, cuando vemos que el héroe de cien combates, á cuyas plantas yacen tendidos miles de adversarios, se llega á las sagradas áras á rendir al Dios invisible homenajes de adoracion y gratitud, al paso que aquellos ojos que centelleaban entre los azares de la guerra, se humedecen con lágrimas de compasion hácia aquellos que sucumbieran en el ardor de la batalla. Sí: se cree vulgarmente que no pueden fraternizar el heroismo del soldado y la piedad religiosa, y ciertamente es este un error que sólo podrá nutrirse en el entendimiento ensimismado, mas no en aquellos que, como veloces águilas, dan rápidos vuelos por los fastos del mundo, y examinan con vista perspicaz los diferentes eventos de los siglos presentes y pa-

la profesion religiosa, se obtiene la remision de todos los pecados en cuanto á la culpa, y en cuanto á la pena, tanto eterna como temporal. En confirmacion de esta verdad, permitidme os repita lo que cuenta San Atanasio en la vida de San Antonio Abad: «Tuvo este gran Santo una vision, en la que veia que los ángeles lo subian al cielo; sobrevinieron en el mismo instante los espíritus infernales, y querian impedirle la subida, acusándolo de algunos pecados, que decian habia cometido en el siglo, y oyó que los ángeles lo defendian, respondiendo al enemigo estas palabras: «Si tienes algo de qué acusarlo despues» que es religioso, puedes hacerlo al punto; mas sabe que, »en cuanto á los pecados que pudo cometer en el siglo, »se le han perdonado, y nada debe por ellos, pues todos »le fueron completamente perdonados desde el momento »en que se consagró á Dios por los votos de la Religion.»

Grande es el mérito que tiene el que da una parte de sus bienes á los pobres, pues el profeta Daniel decia á Nabuco que redimiese sus pecados con limosnas; pero más grande es el mérito de abandonar de una vez toda la substancia terrena, distribuyéndola á los indigentes, y haciéndose pobre con Jesucristo. Si los mundanos, segun San Gregorio, al dar una partecita de sus bienes á los pobres, ofrecen á Dios un sacrificio agradable, los que renuncian enteramente á todo bien, hacen un holocausto, que es más excelente que el sacrificio. Y si la simple renuncia es de tanto mérito, ¿cuál no será el mérito que contrae el hombre al desprenderse de sus bienes temporales por el voto perpétuo de la pobreza, al consagrar su cuerpo por el de la castidad, al desposeerse de su propia voluntad por el voto de la obediencia?

Lo diré de una vez, para concluir: el sacrificio que hace el hombre al retirarse del mundo y ofrecer al Señor lo más precioso que tiene por medio de los tres votos, es tan grande y meritorio, como el ofrecerse á los tiranos

para ir al martirio; y, en efecto, dice el P. San Bernardo, la vida del cláustro es un continuado martirio, pues aunque no tiene todo lo horrible y atroz de los tormentos, no deja de ser bastante doloroso por la larga duracion de las penitencias, de las humillaciones y del rigor continuo. El que sufrian los primeros cristianos era martirio de un dia, de un mes quizás, ó de un año, y las más veces estaba reducido á un sólo golpe de la espada sanguinaria: mas el martirio á que se ofrece el alma por medio de los tres votos, es un padecimiento cotidiano, que se renueva sin cesar, ora por la depresion de nuestro orgullo, ora por el anonadamiento de nuestra propia voluntad y razon; de modo que el hombre, sacrificado de este modo, puede decir con David: «Por amor tuyo, ¡oh Dios! somos entregados á muerte cada dia; somos reputados como ovejas destinadas á perecer.»

¡Ah! Mayor correspondencia que esta no se puede tener al amor infinito de nuestro Dios. El sacrificarse al Señor en el martirio, y el sacrificarse ante las sagradas aras renunciando para siempre al mundo con sus vanidades, á sí mismo, á su amor propio, á su voluntad y á los halagos del sentido, son los dos actos más heróicos del amor de la criatura hácia su criador, porque en ellos paga el hombre cuanto puede, atendida su limitacion, devolviendo al amor infinito otro amor, que, si no puede igualársele en los grados, no puede pasar más allá, pues en un sólo acto da la criatura cuanto tiene y puede poseer: da su cuerpo, da su alma, da sus sentidos, da sus potencias, da su vida; y claro está que «ninguno tiene mayor amor que este, que es poner su alma por sus amigos,» como enseña el mismo Jesucristo.

Si el mundo comprendiese lo sublime de esta filosofía celestial; si pudiese apreciar en su justo valor el relevante mérito de una alma que vive toda consagrada á su Dios, ¿cómo era posible que arrojase de su seno á los